

Camino del verano

MAURO
ARMIÑO

Malo suele ser el segundo trimestre del año para el teatro de Madrid: desaparecida la tradición de los estrenos de Pascua, las salas se dirigen hacia el verano agotando hasta el límite de lo posible el éxito de la temporada o sustituyendo las piezas acabadas por otras de menos posibilidades: el momento, con julio y agosto por medio, no es bueno para estrenos de campanillas. Aun así, se han visto títulos que quizá sean lo mejor de la temporada. Empezando por *Cristales rotos*, la última pieza del gran dramaturgo norteamericano Arthur Miller, con dirección de Pilar Miró e interpretación de José Sacristán y Magüi Mira en los principales papeles; es una pieza al viejo estilo, con dos protagonistas enfrentados a un problema capital y vivo. Sobre el escenario del María Guerrero, Miller plantea una tesis, desencadenándola en un momento histórico: la noche de los "cristales rotos" en que el partido nazi inició en Berlín la persecución de los judíos. La acción, sin embargo, no es histórica, sino particular. Muy lejos de la geografía de esa noche sangrienta, en Estados Unidos, un matrimonio intenta profundizar en el problema de la identidad de las personas y de la asunción o rechazo de su raza;

«*Cristales rotos*, la última
pieza del gran
dramaturgo
norteamericano Arthur
Miller, con dirección de
Pilar Miró e
interpretación de José
Sacristán y Magüi Mira en
los principales papeles;
es una pieza al viejo
estilo, con dos
protagonistas enfrentados
a un problema
capital y vivo.»

que el autor haya elegido una familia hebrea puede responder a la reflexión sobre la condición judía del autor, pero también, y sobre todo, al análisis lúcido de una de las hecatombes mayores de este y otros siglos: el racismo. Miller no ha ido por caminos fáciles: inscribe el rechazo en un personaje cuyo problema, cuando se mira al espejo, es saberse miembro de esa raza. El entorno y la historia casi le han vuelto enemigo de sí mismo. Y es su esposa la que queda físicamente paralizada al identificar las persecuciones de los nazis con el rechazo de la identidad propia en su marido. Si es cierto que *Cristales rotos* no alcanza la profundidad de *La muerte de un viajante*, de *Las brujas de Salem*, de *Todos eran mis hijos*, para la escena española supone una vuelta a un teatro de ideas con eje en un traumatismo social latente en nuestro mundo cotidiano. Desde la dirección, Pilar Miró ha potenciado la palabra de Miller, restringiendo al máximo los elementos escenográficos que podían entretener la vista del espectador y haciendo de los actores y su voz el eje de *Cristales rotos*. Sin brillantez, pero con eficacia, los intérpretes cumplen su cometido y se convierten en transmisores de la voz de este dramaturgo que ha sido uno de los puntos de referencia de la escena más honesta del siglo XX.

Y al lado de la última obra de un gran autor del siglo, el título reciente del dramaturgo más prestigioso de una generación que ahora ronda los 50 años:



Juan José Ortega y Pezo y Pepo Oliva en "Castillos en el aire", de Fermín Cabal.

Fermín Cabal. Con dirección de José Luis Gómez, en el Teatro La Abadía, actores como Juan José Otegui, Pepo Oliva y Chete Lera desgranán el problema más acuciante de la política nacional de ahora mismo: la corrupción. Parecía que los escenarios habían olvidado el teatro político, aquel teatro de denuncia y crítica que, confundido con la única posibilidad de hacer teatro-cultura, ganó público durante tres décadas desde finales de los cuarenta. Cabal se ha atrevido a volver por los derrotados de la denuncia agarrando el toro por los cuernos de la corrupción. Ha

ideado, para ello, una trama seca, dura, articulada mediante escenas brevísimas que presentan a tipejos repugnantes enfangados en comisiones, primero, y que, cuando asoma la punta del pañuelo, pretenden tapar y tener atados todos los cabos para que ningún implicado se vaya de la lengua y se dispare el escándalo político. Dada la repugnancia que parecían sentir los dramaturgos para tratar "lo que pasa en la calle", la pieza de Cabal ha roto con unos silencios que podían pasar por complicidades.

El desenlace queda al desnudo desde la presentación y a la trama sólo le faltan los trancos que la hagan progresar; o, mejor dicho, que la perfilen y acaben el retrato de cada uno de los personajes. Ahí el dramaturgo ha perdido los pinceles: le salen unos tipos hartos perversos, inverosímiles, hasta el punto de amenazar con arrancar los órganos a los hijos de quien rompa el silencio para trapichear con ellos en Norteamérica; inverosímiles, evidentemente, desde el punto de vista teatral, porque, en lo que atañe a la realidad, cada año que nos lleva a la comprensión global de la vida, el mundo y demás pertinencias individuales nos confirma sin mucho esfuerzo en la verdad del aforismo: "piensa mal y te quedarás corto". Sin embargo, el esquematismo y las generalizaciones de la trama se vuelven contra *Castillos en el aire*, la hacen pesada, la recargan con elementos que, aunque denuncien, no consiguen superar el estadio de "exposición". Fermín Cabal, sin embargo, no se anda con velos ni tapujos, señalando a los corrompidos como encarnaciones explícitas de altos cargos del aparato socialista en el poder.

A estos dos títulos, importantes en distinta medida, han venido a sumarse en abril y mayo algunos juegos menores: *Grita* (Teatro Olimpia), de José Luis Raymond, sirvió para una campaña de lucha contra el

TEATRO

«*Rímel y castigo*, del showman argentino Ángel zavlovsky tenía, dentro de las limitaciones de este tipo de espectáculos, mayor interés y mostraba el pesimismo tal vez algo ingenuo y melancólico, pero exacto, de la mirada sobre el mundo que lanza ese estupendo caricato.»

sida, pero todas sus buenas intenciones humanitarias fallaban por la fragilidad del montaje y del texto. *Rímel y castigo*, del showman argentino Ángel Pavlovsky, tenía, dentro de las limitaciones de este tipo de espectáculos, mayor interés y mostraba el pesimismo tal vez algo ingenuo y melancólico, pero exacto, de la mirada sobre el mundo que lanza ese estupendo caricato. Por último *Picospardo's*, de Javier García Mauriño, ha sido una muestra más de la decadencia que desde hace varios años parece asolar al Premio Lope de

Vega. Y escribo "parece" porque, si en la lista de títulos premiados figura alguna de las piezas emblemáticas del último medio siglo, como *Historia de una escalera*, lo cierto es que las obras premiadas que han terminado siendo significativas a la larga caben en los dedos de una mano. En *Picospardo's* se rozan sin embargo los peores momentos del Lope de Vega. Sobre el escenario del Teatro Español, con lamentable dirección por parte de Mará Recatero de actrices de prestigio como Julia Martínez, Queta Claver, etc., asistimos a un folletín barato, de connotaciones moralistas represoras contra la homosexualidad —vista como una degeneración vergonzosa que debe sumir a los protagonistas en la desgracia—, cuando esta sociedad española de la última década del siglo XX parece haberlo superado socialmente.